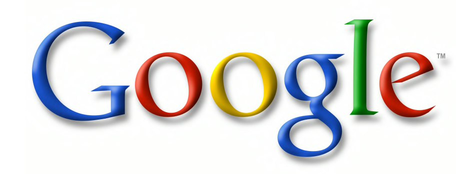

Google


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



ZARAGOZA.

POEMA

POR

Don Francisco Martinez de la Rosa.

LONDRES,

EN LA IMPRENTA DE T. BENSLEY, BOLT-COURT,
FLEET-STREET.

1811.

ADVERTENCIA.

Este poema fué presentado á los premios nacionales, ofrecidos por la Sup^{a}. Junta Central, y despues no cumplidos, sin que la nacion hasta ahora haya sabido la causa. Asi, el autor casi tenia resuelto, que jamas su obra viera la luz pública, quando varios literatos, residentes en Londres, amantes de las glorias de Zaragoza, le estimularon á publicar este elogio, aunque débil, del heroismo de aquella célebre Ciudad.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos Zaragoza
De la terrible lucha reposaba,
Que por dos lunas agitó su suelo;[a]
Quando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil barbaras legiones.
En vano, ¡oh Dios! en vano,
A poner freno á su furor insano,
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada,
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña,
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa,
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamara hermanos?

¿Quien osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;
Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
Y al furor de la barbara cuchilla,
Con la sangre de mayo salpicada,
Tendió Madrid la desdorada frente.
Por vez segunda el Tajo caudaloso
Al inclemente yugo se condena;
Y allá baxo la tierra, prodigioso
Sepúltase Guadiana,
Rehuyendo altivo la servil cadena.
El enemigo bando
Las palmas bate, y por los aires suena
Su horrísono clamor..... ¡ay, quanto, quanto,
Mísera España, de destrozo y ruina,
Quanto de luto, y de amargura y llanto,
Tu suelo amaga y tu beldad divina!
Ya cien y cien legiones
Del Ebro cubren la anchurosa márgen;
Tiembla baxo la inmensa pesadumbre
La sacra orilla; plumas y penachos
A merced de los céfiros ondéan;
Y los petos y yelmos centelléan,
Del claro sol á la radiante lumbre.

Los normandos frisones
Baten con grave pié la helada tierra;
Piérdense los contrarios escuadrones,
Allá á lo lejos, entre densa nube;
Crece el estruendo, y el clamor de guerra
Puebla los vientos, y á los cielos sube.
De juncos y de adelfas coronadas,
Las Náyades, al eco tremebundo,
Sacan del agua los nevados pechos;
Y del bélico apresto amedrentadas,
Lanzan un grito, y cálanse al profundo.
Tened, tened, impios;
Suspended esas huestes ominosas
De muerte y destruccion: ¿á donde, á donde
Correis, blandiendo en la terrible mano
La ardiente antorcha y el acero insano?
¡Piedad, piedad, crueles!
¡Merced á Zaragoza!
Mísera, abandonada,
Aun gime dolorida;
Aun brota sangre la reciente herida,
Que en ella abriera vuestra cruda espada.
¿No escuchais, qual resuenan por los vientos
Los agudos lamentos

De viudez y horfandad? ¿El sordo ruido,
Qual de lejano trueno, que retumba,
Allá en el hondo de la negra tumba,
Dó mil valientes victimas cayeron?
Piedad, por una vez: si buscais ruinas,
Si saciaros quereis en fiero estrago,
Sobradas ruinas, ¡ay! hartos despojos
Han que mirar los ojos.
Tended la torva vista, que aun huméan
Los techos incendiados;
Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endebles muros.
Si, empero, tanto horror, si tantas muertes
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo,
Y al agresor se arroja, y se complace,
La presa entre sus garras dividiendo.
Seguid, seguid; la heroica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;

La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Xalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas;
Y arrebatar su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras?[b]
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallen? ¡O nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras![c]
Decid como animosos
Los ínclitos del Ebro batallaran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentaran,
En vez de fuerte arnes, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragones; heridos suenan

Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.
En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las barbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Quántos, quántos,
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.[d]
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brio,
Quando la noche á la callada tierra
En luto envuelve, y en horror sombrio,
Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
El aire tenebroso por dó hienden.
A leve impulso, la muralla fragil
En polvo cae deshecha;

Y qual tigre rabioso,
Por ruinas y cadáveres trepando,
Entra osado Verdier por la ancha brecha,
Y Léfevre orgulloso
La destructora turba acaudillando.[e]
De enemigos cubiertas
Vénse calles y plazas; atronando,
Rompen las hachas los robustos quicios;
Caen las ferradas puertas;
Arden los edificios;
Y el crudo incendio y la espantosa ruina
Mira el pueblo valiente,
Con pecho quieto, y con serena frente.
Ya en roncos alaridos
Celebra el triunfo la contraria gente,
Quando el cañon horrísono tronando,
Las espesas falanges desordena;
Agítase en confusos remolinos
La destrozada hueste; pavorosos
Caudillos y soldados se atropellan;
Y por el plomo destructor heridos,
Caen en la dura tierra confundidos
Con los tibios cadáveres que huellan.
En tanto, los terribles moradores

Arrójanles por claros y troneras,
Mil muertes y otras mil: allí, arruinando
La quebrantada, altísima techumbre,
Desquícianla; y desplómase atronando,
A impulso de su grave pesadumbre.
Allí, incendiadas vigas y sillares
De los deshechos muros arrancando,
Los impelen con ímpetu; los vientos
Braman con son horrísono apremiados;
Y los fieros guerreros á millares
Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga, ni piedad: por todas partes,
A la señal belísona furiosas
Arrójanse las tropas valerosas,
Que nacer viera el Llobregat ameno.[f]
La sorpresa, el desórden, la estrechura
Redoblan el horror del trance fiero;
Combaten crudamente brazo á brazo
Guerrero con guerrero;
Saltan rotos los hierros centellantes;
La tibia sangre por dó quier huméa;
Cada golpe una muerte; cada acero
Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,

Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
Con ímpetu de rayo se abalanza
El bravo aragones; burla los golpes;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apénas á seguirlo alcanza.
Hiérenlo; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvando,
Penetra por las hastas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos:
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al comun estrago
La desesperacion; el hasta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida;
Y al inclemente amago,
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte
¡Quántas allí! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que engreidos
Leve triunfo á su esfuerzo imaginaran.
La triste nueva de terror sombrio

Cobija el enemigo campamento;
Muere en los pechos el antiguo aliento,
Muere en los brazos el usado brío.
Al rayo abrasador del Can ardiente,
Allí lánguido yace el cruel guerrero;
Mas allá, sobre el arma reluciente
Débilmente apoyado,
Los mustios ojos fixos en la tierra,
Reposo anhela el mísero soldado;
Y apareciendo á su afligida mente
De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
Dentro del pecho congojoso encierra
Hondos sollozos de furor y angustia.
Léfevre en vano intenta
Las tropas alentar, con faz mentida
Encubriendo el dolor que lo atormenta;
Recorre el campo, y su mirar incierto,
La rienda del caballo abandonada,
El tardo paso su penar anuncian;
Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
Sin dello apercebirse,
Se escapa de sus labios un gemido.
Cayó toda esperanza: desde el monte
Descubren á los bravos combatientes,

Que vuelan al socorro apetecido
De la heroica Ciudad; la nueva hueste[g]
El pavor de los Galos acrecienta;
Y qual banda de buytres, que se ahuyenta
Quando brilla relámpago á lo lejos,
Anunciando el horror de la tormenta;
Asi dispersos huyen, arrojando
Las mal usadas armas, y á la noche
Su salud en la fuga encomendando.[h]
  Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;
Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes,
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.
¡Y aun osaréis luchar con los valientes,
Que tantas veces con heroica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!
¡Oh, quánto afan, y destruccion y mengua,
Costaros ha la bárbara osadia!
¡Quan terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!
  Aqui mi voz llegara; y las legiones,
Ya con hórrido estruendo,
A la Ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;
Y como en su alba cima vé Moncayo

Las oscuras tormentas apiñarse;
Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo:
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veia
Desparecer, baxo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegria
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban,
Que era llegado de la gloria el dia.
Las calles, y las plazas, y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;
Mil y mil combatientes
Embrazan el pavés, ciñen la espada,
Y de verdes coronas
Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! Oh dulce nombre! Te oigo apénas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser: ante el tirano,

De verdugòs cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de baxo susto,
Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
Se helará, al expirar, entre mis labios.
¿Mas quien entre los ínclitos guerreros,
El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?
El es, él es; su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,
Qual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,
Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,
Al invencible Alfonso se asemeja,
Quando lo vió triunfante Zaragoza,
Rescatada por él de los infieles.[1]
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,
Divino Palafox; la madre España
A tí tiende sus brazos congojosa,
Como al hijo de amor; por tí respira,
Agítase contigo en la peléa;
Y su dolor y angustias olvidando,
En tus glorias y lauros se recréa.

Alienta, triste patria; que el acero
Ya en su terrible diestra centelléa,
Qual rayo en tempestad; su ademan fiero
Es precursor del triunfo; la victoria
Entre el marcial estruendo lo acompaña.
Miradlo, sí, miradlo; repitiendo
El sacro nombre de la madre España,
Se abalanza á las bárbaras legiones,
Seguido de la hueste numerosa;
Trábase la árdua lid; el bronce suena;
Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
Cercado de enemigos escuadrones,
Hiende, rompe, destruye, desordena
Quanto se opone á su denuedo y brio:
¿Quien, quien resistirá? Rastros de sangre
Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío
Con sus nacientes rayos no rompiera,
Envuelve á los feroces combatientes,
Los mezcla, los confunde, y acrecienta
La horrenda mortandad; caen los valientes;
No hay perdon al rendido; á hierro y fuego,
Destrúyense las haces inclementes.
¿No basta tanto estrago, tanta ruina?

Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
Allí, y allí tambien; en la colina,
En la márgen del Gállego, en el puente,
En los vecinos campos inundados
Por la profunda, rápida corriente.[k]
La pericia, el furor, la muchedumbre
De la contraria hueste son en vano;
Cede al valor el número; y el arte
Al amor de la patria soberano.
El furibundo Marte,
La flamígera antorcha sacudiendo,
Recorre el campo; acá y allá revuelve,
Sobre muertos y heridos, los caballos
Del carro destructor; y á la venganza,
A muerte incita con clamor horrendo.
A la voz imperiosa,
Renacer siente el enemigo bando
Su bravura feroz; y se abalanza
Al fuerte parapeto, el nombre odioso
Del sanguinario déspota aclamando.
De horror y muerte y destruccion preñadas,
Con estruendo espantoso,
Rebientan las terribles baterías;

Yerma el inmenso llano de enemigos
El fuego asolador; retumba el bronce;
Murallas, combatientes, cielo y tierra
Confúndense entre el humo, y desparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; qual ligera niebla
Ante recio huracan, se disiparon.
Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayan; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.
En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas,
Repetirán los plácidos cantares.
Volad, héroes, volad; en la muralla
Las banderas espléndidas ondéan;
Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas,
Pebeteros riquísimos huméan.
Todo era salvas, júbilo, alegría,
Quando la noche que en el negro carro,

Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia;
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,
Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oia,
El horror augustísimo aumentaba.
El ánima del héroe se gozaba
En la terrible magestad sombría;
Quando temblar sintió baxo su planta
Los profundos cimientos del palacio.
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande:[1] en la tiniebla,
Se vé centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Quando en los reynos de la eterna noche,

Cielos, y tierra, y mares ilumina.
Cércanlo en torno insignias y troféos;
Cúbrelo con su manto la victoria;
Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
Ostenta grave su valor y gloria.
" Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
El placer penetró mi hondo sepulcro,
Quando incansable, en el ardiente estío,
Lidiar te ví, y vencer. Mas árdua lucha,
Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
Hora la patria exige: quantos males
Abortar pudo el Genio dela guerra;
Quantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
Para afligir los míseros mortales;
Y el cielo airado en su venganza encierra;
Van sobre tu cabeza á desplomarse.
Naturaleza toda conjurada
Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
En sus profundos senos agitada,
Sacudirá con horroroso estruendo
Defensores, murallas y edificios;
Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
Con mano yerta y pálida tendiendo
El cetro asolador, en vasta huesa

La patria trocarán de los valientes.
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza,
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará, á par del mundo, su memoria.
Y la tuya tambien: grato el destino
Correr me ha concedido, ante tus ojos,
El velo diamantino
Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afan; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;
Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
Dexó impune el sufrir á los tiranos.
Mas no feroz el déspota del Sena
Aherrojará sus inocentes manos;
Ni atará al carro á la nacion que un dia
Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
Asi plugo á los hados: Zaragoza
Caerá en expiacion; y de sus ruinas

Se alzará sobre el trono refulgente
La libertad de la española gente.
Claro honor de mi estirpe, tú el primero,
Arrostrando impertérrito la muerte,
Debes abrir á la Ciudad augusta
El ínclito sendero
De la inmortalidad. ¡Jamas cobarde
Tender el cuello á la cadena insana!
¡Jamas besar la mano enrogecida
Con la inocente sangre castellana!"
¡Jamas! sí; yo lo juro....arrebatado
Clamó asi Palafox: la helada planta
Abrazó de la Sombra, arrodillado;
Y al estallido súbito de un trueno,
Se disipó el espectro, como el humo,
Al querer estrecharlo contra el seno.
El héroe se inclinó; su pecho fuerte
Sintió oprimido de respeto santo;
Y entorpecer sus agitados miembros
El terror silencioso de la muerte.
En éxtasis profundo sumergido,
No levantó la faz, hasta que el dia,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubria;
Quando, el cándido lino tremolando,
De la pérfida hueste un mensagero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva,
La ominosa cadena se descubre.[m]

"¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpacion: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin patria, arrodillados."
Asi gritó la inmensa muchedumbre:
¡Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,
¡Guerra! sonaron los profundos valles,
¡Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.

¿Visteis tal vez en el hercúleo estrecho,
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento.[n]
¡Quánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena, y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tiber celebrados.[o]
¿Quien domó su altivez, ó quien refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones sostenidos
En endeble cimiento
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubéa;
¿Serán potentes á atajar la furia

De los que al mundo locos pregonaran
Su irresistible esfuerzo en la peléa?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;
¡Ay! que ya derruidos
Los vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera.[p]
¡Tú, tambien! ¡Tú tambien, Sancho divina,[q]
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate, por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Como levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer baxo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano,
Para inflamar con ella
El horrendo cañon; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.

No mas lucha, no mas; el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el occidente
Apénas luce su apagada llama.
  Llega la noche; Venus tras las huellas
Del fugitivo sol, desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera
Vése salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.
  ¿Quien el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron,
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez, las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.
Asi débil baxel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado;

La mar en vano con furor impio
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma baxan y en rocío.
¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la tiniebla oscura,
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada qual es un Dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí; muy mas que todos
Impávida, animosa
La inmortal heroina,
De heridos y cadáveres cercada,
La fuerte diestra intrépida fulmina.
Salve, divina Sancho: amor sublime
De patria y libertad, tu dulce mágia,
Tu imperio soberano,
Bendiga eternamente el labio humano.
¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
Almo don de los cielos! Tú, solmente,
El brazo castellano,
Con los hierros de esclavo enflaquecido,
Alzaras contra el bárbaro tirano;

A tí España sus triunfos, á tí debe
Sus lauros Zaragoza..... ¡ ay, qué trocada
De la que fuera un dia,
En sempiterno duelo sepultada,
Resiste al hado; y de la adversa suerte
La implacable sentencia desafia!
Llegó el plazo cruel: el negro trono,
Sobre pálidos huesos asentado,
Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
Blandiendo con el brazo descarnado
La terrible segur, corre y asuela;
Y el contagio letal los puros ayres
Inficiona con soplo envenenado.
Los tristes habitantes en sus venas
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
Hinchar los flacos miembros denegridos;
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
Y los cárdenos labios encendidos.
No fuera mas terrible el diente agudo
De víbora traydora, quando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.
Asi la vírgen yace, asi el anciano,
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;

Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.
La hermana del hermano
Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
Abrazados descienden; tierna madre
Del hijo al expirar la ardiente mano
Oprime contra el pecho;
Y ¡oh triste! el mismo lecho,
La tumba misma unidos los recibe.[r]
Luto dó quier y muerte: el hambre escava
Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
Los amarillos miembros agitando,
Lenta carcome el mísero cimiento
De la angustiosa vida;
Y en eterno tormento,
A los invictos héroes aquexando,
Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
¿Dó los arcos de flores, las colunas,
Los altos monumentos?
¿Dó el bélico clamor de los valientes?
Lánguidos, macilentos,
Rastrando van por las desiertas calles
Los exánimes cuerpos, sostenidos
En la robusta lanza; triste llanto,

Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ ay ! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
Vénse solmente huesas y sepulcros.
Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendicion; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador, ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz; Ebro en sus hondas
Concavidades gima congojoso;
Y al correr por el pié de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.
¡ Una, mil y mil veces bienhadados,
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fixar pudisteis en la libre patria!
No la vereis arder; ni destruida,
Buscar entre sus ruinas los despojos
El Vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro, y los queridos hijos,
Y los ancianos padres amarrados.
Tan aciago momento
Natura entristecida

Presagió con agüeros pavorosos.
La faz mostrando en sangre enrogecida,
El sol se oculta, y las opuestas nubes
Tiñe con mil celages horrorosos.
De pálida corona circuida,
La luna brilla apénas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos:
Y es comun voz, que por los ayres vagan
Pálidas luces, que en la triste noche,
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pié medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen.[a]
  De tan tristes auspicios amagada,
Vé impávida acercarse el fin tremendo
La heroica Zaragoza; derruidos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traydor acero
Con el débil guerrero,

Que apénas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! oh vilipendio! los que osaran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones,[t]
Que desde el Nilo al Báltico llevaran
La asolacion y espanto de la guerra;
Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones,[u]
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo,
Contrasta invicta quantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.
¡Eterna maldicion al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia,
Lo que al valor y esfuerzo fué negado!
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aun nos mostrara su divina frente
La noble Zaragoza.
¡Ay mísera! qual arde! qual incendian
Mil y mil bombas los dorados techos![x]
Arcos, colunas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares, y templos, y edificios
Desplómanse deshechos.

Sopla sañudo el Abrego, y derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.
Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada Ciudad, qual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro rio,
En su móbil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.
¿Porqué le fuera dado al hombre insano,
Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion quanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿Porqué, buen Dios, baxo su torpe mano
Natura esclavizada,
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrísonas rebientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la esplosion tremenda;

Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.
Víctimas inocentes
Baxo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos; busca el hijo
Baxo los propios techos arruinados,
Baxo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre
Vé hundirse para siempre
Las prendas de su amor en el profundo.
¿La constancia, el furor, el heroismo
Serán de algun valer? Otra vez y otra
El horroroso abismo
Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
¿Adonde, adonde huir? Baxo la planta,
Resuenan roncos truenos;
Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
Por medio de la tierra dividida,

Muestra la eternidad sus hondos senos.
¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
Del profundo cimiento, se estremece
De polo á polo la Ciudad divina;
Y vacila, y desplómase, y su ruina
De espanto cubre á las legiones fieras.[y]
  Asi en tremendo dia,
Bramó el hórrido viento furibundo;
El eterno equilibrio
Perdió la tierra en la region vacía;
La mar inundó el mundo;
La Atlántida se hundió; y al sumergirse,
Pavorosos los vientos se aplacaron;
Y las mares sus aguas enfrenaron.
  Fué Zaragoza, fueron sus valientes,
Su esplendor fué; su célebre renombre
Resta tan solo.... ¡oh Dios! Si allá hasta el cielo
Sube la humilde voz del débil hombre,
Acoge mi plegaria bondadoso.
Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper, ni el venerando suelo,
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goze antes de morir, en negra noche,
Solo de algun relámpago alumbrada,

Visitar sus escombros respetoso;
Allí posará el alma; dulce llanto
Descargará mi pecho comprimido;
Y en las opacas ruinas escondido
El pavoroso buho
Me adulará con su agorero canto.
Allí sumido, entre el horror y espanto,
En meditar profundo,
Recorreré los siglos, la caida
De quanto ufano presentara el mundo.
¿Qué es ya de la Ciudad, que al suelo Ibero
Dió dulce libertad en santas leyes?
¿La que ostentaba en su palacio augusto
Tantos despojos de vencidos reyes?
¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
El hervir de la gente, el ronco estruendo
Del parche temblador? ¿Cómo no truena
El horrísono bronce sobre el muro?
Largas calles por tierra derribadas,
Lúgubre soledad, mustio desierto,
Ruinas ensangrentadas
La vista anublan, y el cabello erizan.
¿Quien ya el ciego furor del Galo fiero
Quebrantará en la lid? ¿Quien pondrá linde

Al ímpetu feroz de su venganza?
¿Quien?....Torna, Palafox, torna á la vida,
Caudillo triunfador, vibra el acero;
Blande la dura lanza;
Acomete, destruye
Cien legiones y ciento;
Acorre al patrio suelo, que oprimido
En bárbaro tormento,
Contra el yugo inhumano
Implora tu favor, y clama en vano.
  En vano, triste patria; que luchando
Entre los yertos brazos de la muerte,
Ya, ya en la linde del sepulcro umbrío,
Respira apénas tu adalid valiente.[1]
En su lívida frente
Impreso está el furor; hierve su pecho;
Y con mortales ansias apoyado
En la débil siniestra,
Asir intenta la invencible espada,
Que al lado pende del aciago lecho.
  ¿A qué aguardais, o Vándalos? Heridos,
Moribundos, cadáveres, escombros,
Os podrán resistir? Entrad, crueles....
Entraron..... ¡ay!......entraron los verdugos....[a]

No mas: perdona, o Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte;
Triste el laud resuena destemplado,
Al pulsarlo mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos
Que unidos a mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Baxo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastara solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo.[b]

NOTAS.

[a] El primer sitio de Zaragoza duró desde el 15 del mes de junio del año 1808, hasta el 14 de agosto.

[b] Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.

[c] La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el dia 15 de junio. Tropas sin vestir ni disciplinar, pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.

[d] En el mes de julio dieron los franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.

[e] El dia 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los Generales Verdier y Leféyre.

[f] Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.

[g] Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.

[h] Los franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.

[i] El Rey Dn. Alonso 1o de Aragon conquistó á Zaragoza de los Moros, despues de un obstinado sitio, y una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.

[k] La accion del 21 de diciembre, (dia en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fué de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exâctamente, al describirla, el parte oficial, contenido en las gazetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.

[l] Dn. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.

[m] El dia 22 de diciembre de 1808, intimó el Mariscal Moncey la rendicion á Zaragoza.

[n] El mismo dia contestó Palafox, en una carta, llena de valor y patriotismo.

[o] Hubo varias acciones, entre las quales se debe distinguir, la del 25 de diciembre, mandada por el General Oneil; y la de caballeria, de 31 del mismo, mandada por el Brigadier Butron, contra la brigada mandada por el General Girard.

[p] El fuerte de Sn. José, que hizo una defensa heroica, y fué evacuado por nuestras tropas, quando ya estaba demolido.

[q] Manuela Sancho, natural de Plenas, en la Serrania, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

[r] Son increibles los horrores del contagio que afligió a Zaragoza: los franceses confiesan en sus boletines, que

hallaron trece mil enfermos en los hospitales; y que morian quinientas personas diarias.

[s] Propriedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

[t] Comparando todos los documentos, se puede calcular, que el exército enemigo ascendia á treinta mil hombres.

[u] Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre General de ingenieros Lacoste, (que murió de un balazo el 1º. de febrero) Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, &c.

[x] Dédon-ainé, general de artilleria, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma, en el sitio de Zaragoza; en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

[y] Viendo los franceses, que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gazetas de Madrid, de aquella época.

[z] Quando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

[a] El dia 19 de febrero de 1809, capituló Zaragoza; y el 21 entraron los franceses en la Ciudad arruinada.

[b] El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gazetas publicadas en esta

Ciudad, las de nuestro gobierno y los mejores periódicos de la península, las relaciones dadas por los enemigos en las gazetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente, el boletin 33 del exército grande de España, el journal du soir de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, &c.

Londres, en la Imprenta de T. BENSLEY,
Bolt-Court, Fleet-Street.

